
RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

WASHINGTON INSTITUTE FOR VALUES IN PUBLIC POLICY, *Central America in Crisis. Task Force Report on Central America*. Washington, D.C., 1983.

Este libro es un documento preparado por la Central America Task Force del Washington Institute for Values in Public Policy. Su subtítulo define la finalidad práctica que lo anima: "Un programa para la acción".

Ciertamente, la crisis que agita actualmente a América Central requiere una serie de acciones urgentes. Pero, como advierten los autores en el Prólogo, resulta muy difícil tomar cualquier decisión respecto de América Central sin tener una cabal comprensión de la complejidad y profundidad de los diversos factores que han contribuido a generar dicha crisis. Para acceder a tal comprensión, a su vez, se requiere cierta familiaridad con la evolución histórica y política de la región, y con las condiciones sociales y económicas en que viven sus habitantes.

A partir de estas premisas se sigue la estructura del libro. En los tres primeros capítulos, se examinan los contextos histórico (capítulo 1), social (capítulo 2) y económico (capítulo 3). Luego, en el capítulo 4, se discute el conflicto político y la violencia que caracterizan a la región; y en el capítulo 5 se propone finalmente un Programa de acción para intentar resolver los hondos problemas estudiados en los capítulos precedentes. El estudio se completa con una serie de tablas que sirven para ilustrar aseveraciones formuladas en el cuerpo del libro, y con una selecta y actualizada bibliografía.

El libro proporciona una serie de informaciones básicas acerca de una región que ha sido ignorada durante mucho tiempo por los países más avanzados, incluyendo a los del resto de América Latina. Sólo muy recientemente esta actitud de generalizada indiferencia ha sido reemplazada por un interés y preocupación acerca de lo que acontece en América Central. Entre las más probables razones para este cambio, se destacan las siguientes: en primer lugar, el derrocamiento del régimen de Somoza en Nicaragua por parte de los Sandinistas, un grupo de orientación marxista que mantiene estrechas relaciones con Cuba y el resto del bloque soviético; segundo, el surgimiento de actividades terroristas y violencia en América Central, especialmente en El Salvador y Guatemala, pero sin que Honduras y Costa Rica escapen a dicha violencia. Por cierto, el fenómeno de la violencia no es nuevo en la región. Lo que sí es nuevo es el apoyo externo que reciben los grupos violentistas. Es este aspecto el que ha despertado la preocupación hemisférica, especialmente la norteamericana, respecto de América Central.

Ahora bien, son los dos acontecimientos mencionados, sumados a ciertos problemas crónicos de la región, los que habrían contribuido a precipitar la actual crisis centroamericana. América Central ha tenido una turbulenta historia desde que la Capitanía General de Guatemala declara su independencia en 1821. Hubo primero un intento fallido de integrarse a México, lo que duró menos de dos años. Luego, se creó la Federación de Provincias Unidas de América Central, como un intento de mantener unida a la región. Pero las rivalidades internas terminaron por hacerse insuperables, y en 1840 la Federación se desintegra definitivamente dando origen a los Estados independientes de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Panamá quedó formando parte de Colombia hasta 1903, fecha en que declara su independencia.

Las rivalidades que habían hecho imposible la vida de la Federación se mantuvieron, sin embargo, al interior de cada uno de los países, en los cuales la inestabilidad y la violencia política han constituido características casi permanentes y comunes a todos ellos. Los gobiernos democráticos allí —salvo en el caso de Costa Rica— han sido la excepción en vez de la norma, ello a pesar de existir una base formal para el desenvolvimiento de las instituciones democráticas. En efecto, desde la independencia, todos esos países han poseído los instrumentos requeridos para el funcionamiento de los sistemas democráticos: constituciones en las cuales los derechos civiles de los ciudadanos son debidamente reconocidos, y los clásicos poderes del Estado, claramente establecidos y estructurados. Sin embargo, como observan los autores, "Frecuentemente, aquellos encargados de respetar, proteger y operar esos instrumentos democráticos han sido los primeros en ignorarlos o abusar de ellos, dando lugar así a una interminable sucesión de revoluciones y regímenes autoritarios..." (p. XIV). Prácticamente la única excepción en este aspecto ha sido Costa Rica, donde los gobiernos elegidos democráticamente con sólo unas pocas excepciones, se han sucedido unos a otros en forma regular. En el resto de la región, la violencia, y no las elecciones, ha sido el medio más efectivo para alcanzar los fines políticos. La lectura de los capítulos I y IV del libro que nos ocupa, que se refieren somera y a veces esquemáticamente a la historia política centroamericana, resultan, a pesar de su esquematismo, bastante ilustrativos para compenetrar al lector del crónico drama político de por lo menos cuatro de las naciones centroamericanas: Guatemala, El Salvador, Nicaragua, y en ligero menor grado, Honduras.

El capítulo 2 proporciona antecedentes no menos dramáticos acerca de las condiciones sociales de los habitantes de la región a través del examen de algunos indicadores sociales, culturales y económicos. La conclusión a que se llega tras este examen es que el contexto social bastaría para explicar por sí solo la crisis actual. En efecto, la inmensa mayoría de los centroamericanos subsisten bajo el nivel que podría considerarse mínimamente aceptable de condiciones de vida en el mundo moderno. Hay serios problemas de desnutrición que afectan a más de un millón de niños; altos índices de mortalidad infantil; analfabetismo, que en el caso de Guatemala, por ejemplo, sobrepasa el 50 por ciento; altas y crecientes tasas de desempleo y subempleo; condiciones de vivienda y sanitarias deplorables, etc. Todos estos problemas tienden a agravarse debido al práctica-

mente descontrolado crecimiento demográfico. En poco más de medio siglo, la población ha crecido el 360 por ciento, llegando a 23 millones en 1981 (fecha de los últimos datos disponibles). Se calcula que de mantenerse las actuales tasas de crecimiento de la población —actualmente las más altas del mundo— la cifra indicada se habrá duplicado en la primera década del próximo siglo.

El capítulo 3 se refiere a los problemas económicos, los que también plantean una seria situación, en cuanto ha habido un serio deterioro en las condiciones económicas generales a partir de la segunda mitad de la década pasada. El crecimiento global de la región, que durante la década de 1960 había sido del 6 por ciento anual —un porcentaje bastante aceptable, superior al del total de América Latina que fue de 5,6 por ciento en el mismo período— declinó en forma acelerada, llegando en 1979 al 1,3 por ciento.

Ahora bien, la distribución del ingreso tradicionalmente ha sido enormemente dispareja. Incluso en el período de mayor prosperidad (1960-1973), un alto porcentaje de la población permaneció viviendo en condiciones de extrema pobreza, con un ingreso inferior a 75 dólares al año.

Por otra parte, la inestabilidad política y las bajas tasas de interés locales han estimulado la fuga de capitales, aumentando con ello la dependencia de capital extranjero para el desarrollo regional. El aumento del terrorismo y las guerras civiles en Nicaragua y El Salvador, sumados a la recesión internacional, han producido un serio deterioro de las economías, incrementado la fuga de capitales, y provocando el éxodo de miles de refugiados, tanto de un país a otro dentro de la región, como hacia Estados Unidos.

Por cierto, las tres categorías de problemas (políticos, sociales y económicos) se alimentan recíprocamente, con lo que la crisis centroamericana parece ahondarse sin cesar, dejando cada vez menos lugar a una esperanza de solución.

La conclusión del libro es, sin embargo, relativamente optimista. Los autores creen que todavía hay esperanzas para América Latina, siempre que no se espere alcanzar soluciones instantáneas. Tres condiciones parecen esenciales: en primer lugar que haya el compromiso de los líderes centroamericanos a cambiar la situación existente a través de un proceso democrático; segundo, que se detenga todo apoyo externo a la insurgencia y el terrorismo; y tercero, que se fomente en cambio un fuerte influjo de recursos económicos provenientes del exterior, tanto de organismos internacionales —tales como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), el Banco Mundial, la Organización de Estados Americanos y las Naciones Unidas— como de países tales como Estados Unidos, Francia, Alemania, Canadá, Brasil, Colombia, México, Venezuela y Gran Bretaña. Por cierto, para que estas condiciones operen y lleven a una solución real de los problemas de América Central se requiere la acción concertada de todos los involucrados.

El punto clave es el énfasis en la creación de las condiciones necesarias para el desarrollo de un sistema democrático, pluralista, justo, abierto. Sin embargo, "dadas las presentes condiciones en América Central, el logro de justicia social, desarrollo económico y estabilidad política dentro de un marco democrático no es una tarea fácil" (p. 123). En efecto, tal meta debería alcanzarse en un medio en el que tradicionalmente los gobiernos democráticos han sido la excepción más que la regla, y en el que actualmente los grupos más radicalizados, tanto de la

derecha como de la izquierda, procuran exacerbar la situación presente con el fin de tomar el poder por la fuerza.

Parece, pues, poco realista esperar que las reglas del juego democrático puedan operar en este contexto. Sin democracia, sin embargo, parece imposible alcanzar soluciones efectivas a la crisis centroamericana, como lo demuestra la historia política, económica y social de la región.

CARLOS MIRANDA